

Miguel Angel Ferrando, SM

Profesor de la Facultad de Teología, U. C.

LA INTERPRETACION DE LA BIBLIA, SEGUN EL CONCILIO VATICANO II

La constitución dogmática "Dei Verbum" sobre la divina revelación (DV) ha sido redactada por hombres muy capaces y en un ambiente de viva discusión. El resultado de la polémica que se levantó en torno a ella hubo de ser un compromiso, en el que prevaleció la tendencia mayoritaria y más abierta del concilio Vaticano II, pero no sin hacer concesiones. El documento evita el entrar en demasiados detalles y opta conscientemente por dejar sin resolver algunos puntos debatidos. Es, pues, incompleto y provisional, como redactado por hombres concretos. Pero es un documento importante que dice mucho y tiene la garantía de ser un hito claro en el camino. Recoge lo que en 1965 había de más sólidamente adquirido y empuja hacia nuevas conquistas.

Las páginas que siguen tratan de presentar sólo el número 12 de la DV, que se refiere a la interpretación de la Biblia. El tema es actual y complejo. Los padres conciliares han dicho sobre él una palabra abierta y optimista, que da ánimos a los exégetas y ayuda a conocer mejor la Sagrada Escritura.

1. ESTRUCTURA DEL NUMERO 12 DE LA "DEI VERBUM"

El número lleva el siguiente título: "Cómo hay que interpretar la Escritura". Dice así:

"Pero como Dios habló en la Sagrada Escritura por medio de hombres y de manera humana, el intérprete de la Sagrada Escritura, para conocer lo que Dios quiso comunicarnos, debe estudiar con atención lo que los autores querían decir y lo que Dios quería dar a conocer con dichas palabras.

Para descubrir la intención de los hagiógrafos hay que fijarse también, entre otras cosas, en los 'géneros literarios'. Pues la verdad se propone y expresa de manera diversa en los textos diversamente históricos, o proféticos, o poéticos, o en otros géneros de expresión. Es ciertamente necesario que el intérprete busque el sentido que en unas cir-

cunstances determinadas el hagiógrafo intentó expresar y expresó, de acuerdo con la situación de su tiempo y de su cultura, por medio de los géneros literarios usados en aquel entonces. Pues para entender rectamente lo que el autor sagrado se propuso afirmar por escrito, hay que atender debidamente tanto a los modos nativos de sentir, expresarse y narrar al uso en tiempos del hagiógrafo, como a los que solían usarse en aquel entonces en el trato mutuo entre los hombres.

Pero como la Sagrada Escritura debe ser también leída e interpretada con el mismo Espíritu con que fue escrita para sacar bien el sentido de los textos sagrados hay que atender con no menor empeño al contenido y a la unidad, de toda la Escritura, teniendo en cuenta la Tradición viva de toda la Iglesia y la analogía de la fe. Y corresponde a los exégetas trabajar siguiendo estas reglas, para comprender y exponer con mayor profundidad el sentido de la Sagrada Escritura, a fin de que madure el juicio de la Iglesia a base de un estudio en cierto sentido preparatorio. Pues todo lo tocante a la manera de interpretar la Escritura está en último término sometido al juicio de la Iglesia, que cumple el mandato divino y el servicio de conservar y de interpretar la palabra de Dios”.

El primer párrafo comienza recordando la doctrina establecida en el número anterior: “Dios habló por medio de hombres y de manera humana”. Apunta ya un principio fundamental, que será desarrollado en el nº 13: en la Biblia se anuncia y se prolonga de alguna manera el misterio de la encarnación de la Palabra. La idea está tomada de una frase de San Agustín, parcialmente citada, que concluye: “porque así hablando (Dios) nos busca”. “Lo que Dios quiso comunicarnos” es, según el cap. I de la DV, su propia vida y el misterio de su plan de salvación. Para conocer eso que Dios quiso comunicar al hombre se requiere “estudiar con atención” dos cosas: qué **intentaban decir** los autores humanos y **qué quería Dios dar a conocer** con las palabras de ellos.

El segundo párrafo responde a la pregunta inevitable que deja planteada el primero: ¿Cómo es posible llegar a saber lo que el autor humano ha tenido la intención de expresar? El Concilio se fija aquí fundamentalmente en la vertiente humana de la Escritura. La Biblia es obra de hombres que la redactaron como “verdaderos autores”. Es, por tanto, un libro cuyo significado debe ser estudiado con las mismas técnicas con que se trata de entender el contenido de cualquier otro libro no inspirado. Para descubrir la intención del autor hay que averiguar sobre todo los “géneros literarios” y los “modos nativos de sentir, expresarse y narrar” que se usaban en la época en que aquél escribió.

El tercer párrafo tiene en cuenta que la Biblia es más que simple palabra humana y que, por tanto, los principios puramente técnicos de interpretación son insuficientes. Se requieren principios teológicos. El párrafo es muy rico en sugerencias: docilidad al Espíritu, unidad de la Escritura, misión de los exégetas, relaciones entre Escritura, Tradición y Magisterio.

Conviene analizar cada uno de estos párrafos.

2. LA INTENCION DEL AUTOR HUMANO

Para entender un escrito cualquiera, lo primero que uno se pregunta es: ¿Qué quiere decir su autor?

No siempre es fácil saberlo. Por ejemplo, para averiguar lo que quiso decir es importante saber lo que conscientemente calló. En la redacción final del nº 11 de la DV es muy significativo que haya desaparecido el término **instrumento** a propósito del hagiógrafo, y sustituido por la expresión **verdaderos autores**. La palabra **instrumento** había estado presente en el primer esquema y había sido calurosamente defendida por algunos padres, como expresión del magisterio de los Papas León XIII y Pío XII. En el caso de la Biblia es difícil llegar a conocer la fuente que el autor inspirado tuvo a la vista, cómo la entendió, qué cosas de las que en ella encontraba le parecieron superfluas. En todo caso, proyecta mucha luz sobre un libro el poder seguir el rastro de los documentos de que se ha servido su autor para redactarlo.

Otras dificultades para comprender la intención del autor nacen de la índole misma de la obra escrita. No todas las afirmaciones tienen el mismo peso. Pueden ser finas ironías que niegan lo que afirman, expresión de simples opiniones por las que el autor ciertamente no se bate o, por el contrario, enérgicas tomas de posición. Nadie piensa que el autor del salmo 104 o el del libro de Job consideraron asunto de vida o muerte la defensa de las pintorescas doctrinas astronómicas a que aluden en sus escritos. En cambio Habacuc sí que pone todo el énfasis imaginable al afirmar en nombre de Yahweh: "El justo por su fidelidad vivirá" (Cfr. Ha. 2, 2-4). Además un escritor puede, en teoría, seguir muchos caminos diferentes para expresarse; en la práctica, el idioma es un tesoro demasiado rico del que no siempre acierta a seleccionar las mejores joyas, un corcel brioso que se resiste a ser dominado. No basta querer decir algo: hay que saber decirlo. El resultado final es que la obra literaria puede ser bella o vulgar, expresiva u oscura, interesante o aburrida. Los libros bíblicos no escapan a esta ley.

Una vez entregada al público la obra escrita cobra una vida independiente, por dos razones: por lo mucho que en ella puede haber de profundo —puesto por su autor como sin darse cuenta— y por la reacción que suscita en el lector:

* La riqueza de la obra misma. Sea una obra maestra de la literatura universal, el **Quijote** por ejemplo. ¿Cervantes pretendió con ella sólo el ridiculizar los libros de caballería? El caso es que escribió cuando se hablaba en España un castellano robusto y lleno de color. El autor, además, era un hombre de una enorme experiencia humana decantada por un gran corazón y una gran inteligencia. Sin darse cuenta, todo ello fue empapando cada una de sus páginas. Hoy el **Quijote** es un monumento que dice mucho más del siglo XVII que los libros de historia de aquella época; mucho más del hombre que un tratado de antropología; y lo dice mejor. Los comentaristas encuentran en él símbolos del eterno femenino, preciosos escorzos de una sociedad que iniciaba su decadencia, noticias sobre la guerra en la tierra y en el mar, hasta indicaciones de cómo era el paisaje de la Mancha visto por Cer-

vantes. Un profesor de Derecho Canónico encontrará en los relatos de matrimonios secretos, tan numerosos en la 1ª parte, una ilustración sobre los motivos de los decretos del Concilio de Trento acerca de la presencia de testigos en una boda.

* La reacción que suscita en el lector. Todo ministro de la palabra —profesor o predicador— ha tenido alguna vez en su vida la estupenda experiencia de encontrar entre sus oyentes alguno que ha entablado un animado diálogo interior con aquello que le era dicho. El oyente ha relacionado las palabras oídas con su propia experiencia vital, las ha profundizado, ha proyectado sobre ellas su propia luz. A veces, cuando el diálogo hablado sigue al diálogo interior, el que pronunció las palabras que desencadenaron el proceso queda admirado de los ecos insospechados que su discurso despertó: no había ni pensado en ellos. Con auditorios jóvenes llega a veces a darse el caso de que el oyente atribuye sin darse cuenta al profesor lo que éste ni ha pensado, pero que sus palabras han sugerido. Quizá sea éste el secreto de las obras geniales; son capaces de suscitar generación tras generación un diálogo interior siempre renovado; recobran vida para el lector atento y despiertan en él vibraciones siempre nuevas. Si esto pasa con un libro profano, cabe esperar que la Biblia, libro inspirado, encuentre resonancias parecidas, por farragoso y pobre escritor que sea el hagiógrafo, el cual no rara vez es un literato de mucha talla.

La búsqueda de la intención que el autor humano tuvo al escribir no autoriza a dar a su obra una interpretación subjetiva y caprichosa. Nadie puede acogerse al recurso fácil de alegar, ante un pasaje enrevesado: el texto dice... pero el autor quiso sin duda decir... El texto dice lo que dice. Ocurre que un escritor comienza a redactar con una intención modesta —Cervantes una vez más— y en el calor del esfuerzo el libro va adquiriendo brillo y profundidad, hasta convertirse en algo mucho más importante que lo que fue planeado en un principio. Es el texto mismo, rigurosamente analizado según las técnicas de la filología y de la lingüística, quien tiene la última palabra. Puede sugerir mucho al lector, pero éste debe andarse con cuidado para distinguir bien entre lo que está escrito y lo que a él se le ocurre.

En este momento el número 12 se pone difícil: "El intérprete debe estudiar con atención... lo que Dios quería dar a conocer con dichas palabras" (las de los autores). ¿Coinciden exactamente ambas cosas, lo que Dios quería dar a conocer y lo que los hagiógrafos intentaban decir? ¿Significa esto que Dios haya querido decir más de lo que el hagiógrafo tenía conciencia clara de decir? ¿Tiene la Escritura un sentido más profundo (en términos técnicos, un **sensus plenior**) pretendido por Dios pero no por el autor humano, es decir, un sentido que se descubre en las palabras de la Escritura cuando son estudiadas a la luz de una revelación ulterior o del desarrollo de la comprensión de la revelación? Los teólogos no están de acuerdo en la respuesta a estas preguntas y tampoco lo estuvieron los Padres conciliares. Un pequeño grupo de éstos quiso introducir una palabra en el párrafo que parecía afirmar la existencia de ese **sensus plenior**. Los encargados de aceptar o rechazar

modificaciones repitieron dos veces: "Prescindimos de solucionar la cuestión sobre el *sensus plenior*". "Todo el mundo está de acuerdo en que no se debe zanjar la cuestión". De hecho, los padres conciliares han soslayado con cuidado un tema clásico de los tratados de hermenéutica: el de los sentidos bíblicos.

3. LOS GENEROS LITERARIOS

El segundo párrafo da ya normas concretas para descubrir la intención del autor o, si se prefiere, para entender lo que realmente dice. La primera norma se refiere a los **géneros literarios**, medio por el que el intérprete indagará lo que el *hagiógrafo* dice e intenta decir. El concepto "géneros literarios" aparece dos veces en el párrafo, la primera de ellas entrecomillado, indicando así que se trata de un término técnico. Aparecen también una vez las palabras "genera dicendi", que se pueden traducir por "maneras de hablar" o "géneros literarios". La insistencia del concilio es, pues, notable.

La expresión "géneros literarios" y el método son de cuño protestante. Gunkel, que no creía en la inspiración de los libros sagrados, puso una y otro en circulación en 1902, al publicar un estudio sobre el Génesis. En la Biblia —dice— hay muchas pequeñas unidades literarias, a las que llama "formas". Cada forma pertenece a un género literario: es una narración histórica, una leyenda, una sentencia moral, una exclamación lírica. Estas formas nacen en unas circunstancias muy concretas de ambiente y de tiempo (el "Sitz im Leben"). El intérprete, para saber lo que el texto definitivo dice de veras, ha de descubrir esas formas primarias y trazar en lo posible su historia, desde su nacimiento hasta su incorporación definitiva al conjunto más amplio.

El método tentó a un jesuita alemán, Hummelauer, que en 1904 lo usó con poca fortuna para tratar de explicar los "errores" de la Biblia. Un decreto de la Pontificia Comisión Bíblica, junio 1905, pone en guardia frente al principio y exige argumentos más sólidos para su aplicación (S. MUÑOZ IGLESIAS, **Documentos Bíblicos** (DB) (BAC 136), Madrid 1955, n.º 168). En 1920 Benedicto XV arremete de nuevo contra el método con una curiosa mezcla de energía y de cautela (Cfr. DB 510). El principio queda a salvo. Sólo se condena el mal uso de él.

Renace la calma. A partir de 1930, apenas sin decirlo, el método es ya popular incluso entre los exégetas católicos para resolver el problema de la "inerrancia" bíblica. Pío XII, en 1943, tendrá el acierto de emplear el término nacido en campo protestante y de recomendar calurosamente el uso del método (Cfr. DB 643).

Los géneros literarios no son otra cosa que categorías literarias generales de que los autores se sirven para expresar su pensamiento. Un escrito es necesariamente un drama, una novela, un poema, una carta... Hacía ya muchos siglos que las preceptivas literarias hablaban de género épico, lírico, y dramático. Y todos sabían que determinadas ideas o estados de ánimo se expresan mejor en forma de poema que de ensayo filosófico, o viceversa.

Un libro bíblico es una obra literaria como otra cualquiera. Entonces cabe preguntarse: ¿qué ha querido escribir su autor: un tratado de teología sobre la historia o una historia propiamente dicha? ¿La narración de algo real o un cuento edificante? La parábola del hijo pródigo es una anécdota inventada por Jesús; nadie, sin embargo, le llama embustero por haberla contado y todos admiran la profundidad del relato. No hay que extrañarse, pues, de que algunos libros enteros de la Biblia, como el de Jonás, tengan mucho más de narración edificante que de historia propiamente dicha.

El problema radica en que los hagiógrafos no dicen espontáneamente qué registro han sacado. Para averiguarlo hay que remontarse como se puede a tiempos lejanos y descubrir, comparando diversos escritos, cómo se expresaban los hombres de aquellas épocas remotas. Caben las discrepancias cuando se trata de determinar si un texto pertenece a éste o al otro género literario.

Es notable que la DV nombre los géneros literarios en el número que habla de cómo interpretar la Escritura y no en el que toca el tema de los efectos de la inspiración (uno de los cuales era, según los tratados anteriores al Vaticano II, la inerrancia). En el momento actual ha desaparecido el prurito de "defender" la Biblia. La mayor parte de las dificultades desaparecen cuando se la entiende bien. Lo que importa es entrar en su contenido. El método de los géneros literarios es sobre todo una herramienta de interpretación.

Las frases que recibieron la aprobación definitiva de los padres del Vaticano II tienen una historia muy significativa de las tensiones que hubo en el concilio entre dos tendencias, una más miope y temerosa, otra más confiada en el futuro y de más talla intelectual.

A pesar de la encíclica de Pío XII donde se recomendaba calurosamente el método de los géneros literarios, el Cardenal Ruffini publicó un artículo nada menos que en el periódico de la Ciudad del Vaticano, negando la validez del método que intenta determinar los géneros literarios en la Biblia (*L'Osservatore Romano*, 24 agosto 1961). Indirectamente el cardenal llegaba hasta atacar las palabras del Papa. Redactado en esa línea, el primer borrador de la DV representaba un retroceso respecto a Pío XII. Se evitaba hablar de géneros literarios y se afirmaba que el determinar el **carácter general** de un libro bíblico no era un problema crítico a ventilar por industria humana, sino un problema teológico a zanjar por la Iglesia, entendiéndose por Iglesia, parece, un pequeño grupo de preladados y teólogos. La expresión **géneros literarios** aparece en el tercer esquema y resiste hasta el documento definitivo, a pesar de la oposición de un reducido número de Padres. En el aula conciliar se dieron las siguientes explicaciones: "No parece conveniente enumerar todos los géneros literarios. Por ello citamos sólo dos o tres". "No somos exhaustivos en la enumeración de los géneros literarios para no dar la impresión de que cerramos la puerta" a aquellos que sean capaces de descubrir otros.

Es interesante preguntarse por el motivo de la oposición de hombres bien intencionados a los géneros literarios.

Obsérvese que dentro de un libro extenso perteneciente a un determinado género literario, la novela por ejemplo, caben secciones que tienen el suyo peculiar. En el **Quijote** están incrustadas pequeñas novelas, como la del "Curioso impertinente", y relatos de gran valor histórico, como el del encuentro de Sancho Panza, al abandonar el gobierno de la ínsula Barataria, con un grupo de peregrinos alemanes; Cervantes aprovecha el episodio para dar detalles muy interesantes sobre la expulsión de los moriscos ordenada por Felipe III.

Pasa lo mismo con los libros inspirados. En el primer capítulo de los evangelios de Mateo y de Lucas hay tres anuncios de nacimientos prodigiosos: el de Juan (Lc. 1, 11ss), el de Jesús hecho a María (Lc. 1, 26ss) y el de Jesús hecho a José (Mt. 1, 18ss). Al comparar estas narraciones con algunos relatos del Antiguo Testamento, sobre todo con los anuncios hechos a Abraham de la concepción milagrosa de un heredero de las promesas (Cfr. Gn. 15, 1-6 y 18, 1-15: parece haber distintas tradiciones sobre el mismo acontecimiento), uno queda sorprendido por las semejanzas que hay entre todos ellos.

En el anuncio hecho a Abraham se dan los siguientes elementos: una locución por parte de Dios, una vez directa, otra vez por el ministerio de un ángel; un movimiento de temor en Abraham, un enérgico "no temas" dicho por Dios, una primera reacción de perplejidad y aun de duda (Cfr. también Gn. 17, 17s), el anuncio de la concepción milagrosa de un hijo (padres estériles) heredero de la promesa, imposición de un nombre significativo (Gn. 17, 19).

En el anuncio hecho a Zacarías se encuentra: la aparición de un ángel que habla de parte de Dios, un movimiento de temor (Zacarías "se turbó"), un tranquilizador "no temas" seguido del anuncio de la concepción milagrosa de un hijo (padres estériles), imposición de un nombre significativo de su destino, reacción de perplejidad y falta de fe en Zacarías, confirmación mediante un signo (la mudez temporal de Zacarías) de que lo anunciado se cumplirá.

Elementos semejantes se dan en la anunciación de Gabriel a María: la visita de un ángel enviado por Dios, un movimiento de temor (María "se conturbó"), el infaltable "no temas" seguido del anuncio de la concepción milagrosa de un hijo (madre virgen), imposición del nombre significativo, reacción de perplejidad —pero no de incredulidad— en María, que pide instrucciones para entrar mejor en los planes de Dios; respuesta y confirmación —mediante el signo de la gravidez de Isabel— de que lo anunciado se cumplirá. Los elementos diversos en el anuncio de la concepción de Juan y de Jesús subrayan dentro de un esquema idéntico la superior dignidad de María y de su hijo.

El anuncio hecho a José parece menos semejante a los anteriores de lo que realmente es: en sueños esta vez es siempre el ángel de Yahweh quien se aparece. José, que está dormido, no responde nada, pero oye pronunciar el consabido "no temas" y sigue el anuncio de la concepción milagrosa de un hijo (madre virgen), al que se impone un nombre significativo, Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados.

Aquí la confirmación y el signo de que lo anunciado se cumplirá son unas palabras del profeta Isaías (Is. 7, 14 citado según el griego, no el hebreo).

La comparación entre el relato de Lucas y el de Mateo ofrece un punto de contacto que es importante subrayar. Los dos evangelistas se sirven de textos del Antiguo Testamento para explicar el sentido del acontecimiento. Lucas, según una manera habitual en él, recurre a alusiones finísimas —sobre todo a 2Sam. 7, 1ss; Gn. 18, 14 y Sof. 3, 14ss— de las que está tejido el lenguaje del ángel. Mateo, también según su costumbre, es más directo y cita, no el ángel sino él mismo, un versículo muy bien escogido de Isaías.

En autores tan diversos como el del Génesis y los del primer y del tercer evangelio hay una evidente semejanza de técnicas para hablar del mismo tema: el de la concepción milagrosa de personajes clave en la historia de la salvación. Ello invita a creer en la existencia de un peculiar género literario que podría llamarse “de anunciación”. En este caso el descubrimiento del género es relativamente fácil, porque se pueden comparar al menos cuatro pasajes semejantes. Es mucho más difícil determinarlo cuando el texto no tiene paralelos ni en la literatura bíblica ni en la extrabíblica de la misma época (o no se conocen). El relato de los hechos ha sido, pues, cuidadosamente elaborado siguiendo esquemas fijos y preestablecidos.

Este buscar y encontrar el género literario a que el texto pertenece parece reducir a bien poca cosa el valor histórico de la narración. Entonces ¿no hubo ángel, ni sueño, ni, finalmente, concepción milagrosa? ¿Todo eso son recursos literarios sin valor objetivo empleados por un autor humano para desvelar el significado de un hecho que en realidad no ocurrió así? Ante tales análisis de los textos, se comprende el desasosiego de muchos fieles y la oposición de algunos padres conciliares a que se recurriera a los géneros literarios para interpretar la Biblia.

La respuesta fácil para resolver la dificultad es defender en nombre de la inspiración que los ángeles se aparecieron cuantas veces lo dice la Escritura y que pronunciaron las palabras que el texto les atribuye, con una exactitud sólo superable por una grabadora de alta fidelidad. No hay, pues, por qué andar buscando géneros literarios en los escritos bíblicos.

Lo malo es que todo cuanto un hombre escribe pertenece a algún género literario, porque no puede existir nada que carezca de forma y de contenido. Y, una vez que se han percibido las dificultades que nacen del análisis honrado de los textos, ya no se puede negar la existencia de los problemas. La inocencia perdida no se recupera nunca; se puede ganar algo nuevo y más valioso que la misma inocencia, pero ésta se quebró para siempre. En el caso del anuncio hecho a María —o a José— hay que resignarse a afirmar sólo lo que puede ser afirmado y a reconocer la ignorancia sobre el resto. De los textos se desprende que la concepción de Jesús fue milagrosa, que Jesús es el Salvador prometido a los patriarcas y a los profetas, que María es el bellissimo modelo de la actitud humilde y confiada, al mismo tiempo que consciente, pedida por Dios a los hombres llamados a colaborar con

él en la salvación de otros hombres. Cómo se las arregló Dios para significar su voluntad a sus elegidos, él lo sabe. Al lector que busca en el evangelio su mensaje esencial, le importa tan poco el saberlo como poco le importa conocer todos los detalles de la creación del mundo.

4. LOS MODOS DE EXPRESARSE

El nº 12 alude a otros procedimientos de la hermenéutica racional para interpretar bien la Biblia: el estudio de la cultura en que vivió inmerso el autor inspirado y la consideración de los modos de pensar, de expresarse y de narrar que usaban en su época. Los comentaristas de la DV se preguntan dudosos si hay una diferencia notable entre "géneros literarios" y "modos de pensar y de decir". Las respuestas no son unánimes ni convencidas. Tal vez pueda verse en estas palabras un estímulo para el estudio de la filología y demás ciencias del lenguaje. El acuerdo es unánime en que el concilio no ha querido desarrollar un tratado completo y sistemático de hermenéutica racional. Se ha contentado con señalar pistas y mantener abiertos algunos caminos.

5. PRINCIPIOS TEOLOGICOS DE INTERPRETACION

5.1. "El Espíritu con que fue escrita" la Biblia

El tercer párrafo del nº 12 avanza un paso sobre el anterior. Para interpretar adecuadamente la Biblia no bastan los métodos racionales mejor afinados: "La Sagrada Escritura debe ser también leída e interpretada con el mismo Espíritu con que fue escrita".

La Biblia es un libro plenamente humano, pero un libro inspirado por Dios. El esfuerzo fríamente científico, que manipula textos con técnica impecable, no basta para desentrañar su sentido más hondo. Muchos apretujaban a Jesús sin ser curados de sus enfermedades; sólo una mujer, que llena de fe se acercó a hurtadillas para tocar el borde de su manto, recibió la salud (Mc. 5, 25-34). El Señor fue crucificado en Jerusalén como un bandido. Muchos fueron testigos de su agonía. Sólo quien vio y quien ve en esa muerte innoble el sacrificio del Hijo de Dios es salvado por ella.

Los cristianos parecen tener hoy menos miedo de confesar su fe que a principios de siglo. El gran error de la apologética de aquella época fue el descender a la arena de los racionalistas para luchar contra ellos aceptando como buenas sus mismas armas. Error fue el admitir la discusión con el compromiso tácito de no mentar nunca el elemento más real del cristianismo: el don gratuito ofrecido por Dios y alcanzado por la fe, no por la arqueología. El núcleo del misterio, el verdadero sentido de la revelación, se alcanza sólo por la fe y ésta es un acto de la razón

que la razón abandonada a sus propias fuerzas no puede hacer. Un exégeta creyente y uno incrédulo que emplean bien las mismas técnicas llegan a los mismos resultados sólo hasta un cierto punto.

Puede parecer poco serio el que se exija una actitud no "científica" como condición esencial para interpretar un texto humano. Un reproche de esa suerte ya no hace temblar a nadie. La perfecta objetividad no existe. El hombre distante, escéptico, meramente curioso, tiene también prejuicios y no es por cierto el más capaz de entender a quien arriesga su vida por una causa.

Nadie puede atreverse a negar la existencia de lo que desconoce. Es poco serio sostener que el mundo termina allí donde termina el alcance de la razón humana. El hecho de que algo no sea manejable por la ciencia positiva no resta un ápice a su consistencia. Si existen realidades de tal naturaleza que sólo pueden ser alcanzadas con un suplemento de luz y de fuerza regalado por Dios, resulta entonces que la fe es el único instrumento adecuado para explorar esa zona de la realidad.

En el texto conciliar la palabra Espíritu está con mayúscula. Se trata, pues, del Espíritu Santo. Uno piensa en 2Cor. 3,2ss: los cristianos de Corinto son como una carta de Cristo, escrita por mano del apóstol en las tablas de carne del corazón con una tinta que es el Espíritu de Dios.

La función del Espíritu en la Iglesia es la de hacer comprender el mensaje de Cristo, la de transformar internamente a los creyentes, la de vivificar y hacer fecundos los corazones (Cfr., entre muchos otros textos, Jn. 16, 5-15 y Rom. 8, 1-27). El hombre necesita el aliento del Espíritu para entender y saborear lo que Dios le entrega por escrito en la Biblia. Por eso, quien vive penetrado de ese Espíritu —aunque desconozca la hermenéutica racional— cala más hondo en la palabra de Dios que un técnico de la exégesis que cumple su oficio sin una fe profunda. La historia de la Iglesia muestra cómo los mejores intérpretes han sido, además de estudiosos, grandes santos, hombres de oración, humildes discípulos y hacedores de la verdad.

El "principio del Espíritu" es una invitación a ir más allá de las técnicas racionales, pero no a descuidarlas. El Espíritu no consiste en la pereza; uno de los índices más claros de su impulso es, con el gusto por la oración, el ardor en el estudio.

El Concilio concreta así el significado del principio del Espíritu: "Para sacar bien el sentido de los textos sagrados hay que atender (1º) al contenido y a la unidad de toda la Escritura, (2º) teniendo en cuenta la Tradición viva de toda la Iglesia y (3º) la analogía de la fe". El punto 2º es uno de los temas mayores de la Constitución DV; será abordado en último lugar.

5.2. El contenido y la unidad de la Escritura

La escritura tiene una unidad profunda por su autor, Dios, y por su contenido.

La Biblia es la obra de un número elevado de verdaderos autores humanos. Se descubre en ella sin dificultad la huella dejada por quince o veinte siglos de historia en los que el pueblo judío ha pasado por una gama variada de experiencias y ha sufrido el influjo de los pueblos vecinos. Del Antiguo Testamento se podría decir que tiene la unidad cultural que le da el ser archivo de la historia y de la sabiduría de un pueblo que ha evolucionado de una manera bastante homogénea. La unidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento es más difícil de percibir, pero no menos real.

Más allá de los verdaderos autores humanos hay un autor divino, que asegura al conjunto una unidad de talante, de significado. Al análisis de los textos debe seguir una síntesis de los resultados. Unos textos proyectan su luz sobre otros. A través de todos ellos se descubre una línea que se adelgaza a veces pero que no se quiebra nunca. Los mismos judíos percibieron con mucha claridad esta coherencia interna de sus libros sagrados y así se dieron cuenta de que eran palabra de Dios y de que formaban un solo "testamento", una sola "escritura". Pablo VI ha citado literalmente unas esclarecedoras palabras del P. Lagrange:

"No se acertaría encontrar el sentido del cristianismo agrupando unos textos, si no se penetra hasta la razón de ser del todo. Es un organismo cuyo principio vital es único. Ahora bien, se ha descubierto hace tiempo y es: la encarnación de Jesucristo, la salvación asegurada a los hombres por la gracia de la redención. Buscando en otra parte, uno se expondría a equivocar el camino" (LAGRANGE, *Le sens du Christianisme d'après l'exégèse allemande*, Paris, Gabalda, 1918, p. 325; citado por PABLO VI, Alocución a la "Pontificia Comisión Bíblica", en *L'Osservatore Romano*, 15 marzo 1974).

Prácticamente esto significa que la Biblia no enseña ni defiende nunca dos doctrinas, dos actitudes morales propia y verdaderamente contradictorias; donde hay contradicción, es que al menos uno de los pasajes en conflicto ha sido mal interpretado. Significa también que entre ambos Testamentos y entre cada una de sus partes hay unos lazos estrechos, una homogeneidad que el exégeta tiene el deber de sacar a la luz.

5.3. La analogía de la fe

No interesa discutir ahora el sentido que esta expresión puede tener en Rom. 12,6, de donde está tomada (en este lugar **analogía de la fe** podría significar respeto y consideración por la fe de los creyentes). Pío X y Pío XII hablan de la **analogía de la fe** como de algo a tener en cuenta en la interpretación de la Biblia, pero no definen qué cosa sea. Al tratar de ella se refieren siempre a un texto de León XIII que dice así:

En los casos en que el sentido de un texto bíblico no "ha sido declarado sea por los autores sagrados... sea por la Iglesia... en juicio solemne o por su magisterio universal y ordinario", el intérprete católico "deberá seguir la **analogía de la fe** y tomar como norma suprema la doctrina católica, tal como está decidida por la autoridad de la Iglesia; porque, siendo el mismo Dios el autor de los libros santos y de la doctrina que la Iglesia tiene en depósito, no puede suceder que proceda de una legítima interpretación de aquéllos un sentido que discrepe de alguna manera de ésta. De donde resulta que se debe rechazar como insensata y falsa toda explicación que ponga a los autores sagrados en contradicción entre sí o que sea opuesta a la enseñanza de la Iglesia" (Enc. "Providentissimus", DB 105).

Los Papas hacen de la analogía de la fe un criterio negativo de hermenéutica, en el sentido de que sirve para detectar qué explicación de un texto es equivocada por ser contra la doctrina clara de la Iglesia.

El principio de la analogía de la fe puede tener otra función muy importante, no señalada en los documentos pontificios: la de estimular la búsqueda del mensaje de la Biblia. En efecto, si la Biblia no puede estar contra la doctrina de la Iglesia, es igualmente cierto que esa doctrina no puede estar contra la Biblia. En caso de conflictos aparentes —como el desencadenado por Galileo— habrá que examinar con mucho cuidado si la pretendida "doctrina de la Iglesia" es "de la Iglesia" o es la opinión de un grupo de teólogos nada más. El resultado de la exégesis es controlado y juzgado por "la doctrina que la Iglesia tiene en depósito". Pero es también indispensable someter esa doctrina a la prueba de la Escritura. La luz que brota de la Biblia puede exigir mejores explicaciones de una definición dogmática e impide a la Iglesia el instalarse en doctrinas y afirmaciones que algunos quisieran de origen divino, pero que son humanas y, por tanto, incompletas, adaptadas sólo a una época y a una cultura o sencillamente pobres de contenido e ineficaces.

5.4. El trabajo del exégeta

Inmediatamente después de hablar de la analogía de la fe el Concilio dedica unas líneas al trabajo de los exégetas. Lo que dice de ellos parece confirmar lo sugerido en el párrafo anterior sobre la analogía de la fe como impulso al estudio del mensaje bíblico.

La frase del documento conciliar es: "Corresponde a los exégetas trabajar siguiendo estas reglas, para comprender y exponer con mayor profundidad el sentido de la Sagrada Escritura, a fin de que madure el juicio de la Iglesia a base de un estudio en cierto sentido preparatorio".

Estas sencillas palabras tienen tras de sí una historia agitada y muy significativa.

En la época más reciente los conflictos comienzan aproximadamente en los albores del s. XX. El pontificado de León XIII (1878-1903) señala el renacer de la

teología tomista y de los estudios bíblicos. Los católicos comienzan a enterarse del esfuerzo monumental realizado por los exégetas alemanes, protestantes en su totalidad, en el campo de la investigación histórico-crítica sobre la Biblia. Los resultados obtenidos tras casi un siglo de trabajo tienen mucho de exagerado y aun de falso, pero no se pueden rechazar sin más averiguaciones; en todo caso, demuestran sin lugar a dudas los defectos de la metodología seguida por los profesores católicos y la pobreza de la enseñanza que impartían. Hay que renovar todo, hay que plantearse mil problemas en los que nunca se había pensado pero cuya solución tiene ahora la urgencia que le confiere un siglo de retraso.

Algunos hombres se ponen al trabajo. El más ilustre de ellos es el dominico francés M. J. Lagrange (1855-1938), trabajador incansable, humilde, austero, obediente a las autoridades de la Iglesia incluso cuando le golpean, fundador de "l'Ecole Biblique" de Jerusalén y de la **Revue Biblique** y autor de muchos libros importantes. Con sus recensiones de libros alemanes va lenta y seguramente mostrando qué hay de bueno y qué de exagerado en esas obras. Alienta la investigación y serena los ánimos.

León XIII apoya el esfuerzo de estos hombres (encíclica "Providentissimus", 1893) y funda en Roma la **Pontificia Comisión Bíblica** (1902), "cuyo cometido sea procurar y hacer por todos los medios que la palabra divina alcance entre los nuestros (los católicos) aquella cuidadosa exposición que los tiempos requieren y salga incólume de todo ataque del error y de cualquier temeridad en las opiniones" (DB 143). Apunta ya en el documento fundacional una tendencia defensiva un poco hurraña frente a la "temeridad" de algunos innominados exégetas.

Durante el pontificado de S. Pío X (1903-1914) estalla a la luz la crisis llamada modernista. Los decretos de la Comisión Bíblica hasta 1915 tienen siempre un carácter restrictivo y se traduce en ellos una reserva, una desconfianza invencibles ante los resultados obtenidos por los nuevos métodos; están redactados con extraordinaria cautela y no cierran todas las puertas, pero ponen trabas a la difusión entre los fieles de las conquistas logradas por los exégetas y proyectan sobre ellos una sombra de recelo. Es muy característico del estado de ánimo de la época el cambio de actitud de la curia romana ante el P. Lagrange. En 1892 León XIII le dirigía una afectuosa carta en la que le animaba a seguir en el empeño "tan noble y útil, pero a la vez tan laborioso", de fundar en el convento dominico de San Esteban, en Jerusalén, un centro para el fomento de los estudios bíblicos (Carta del 17 septiembre 1892; DB 76). Veinte años más tarde (29 junio 1912) la Sagrada Congregación Consistorial —uno de los dicasterios romanos para el gobierno de la Iglesia— publicaba un "decreto sobre algunos comentarios bíblicos que no han de ser admitidos en los seminarios"; entre esos comentarios se incluyen "muchos escritos" del P. Lagrange. El 22 de octubre del mismo año la misma Sagrada Congregación manda una carta al arzobispo de Siena razonando la prohibición del 29 de junio; la carta tiene tres apartados; el más largo de ellos, el III, está dedicado a una crítica injusta y nada inteligente de la **Revue Biblique** y de tres obras mayores

del P. Lagrange (Cfr. DB, págs. 627-37). Lagrange, sumiso, fue luego rehabilitado. De él ha dicho Pablo VI ante los miembros de la Pontificia Comisión Bíblica que fue "un gran maestro de la exégesis, un hombre en el que han brillado de manera excepcional la sagacidad crítica, la fe y el apego a la Iglesia" (*L'Osservatore Romano*, 15 marzo 1974).

Benedicto XV (1914-1922) puso fin al clima "antimodernista", clima de recelos y de denuncias anónimas, pero en el campo bíblico la atmósfera continuó enrarecida, a pesar de la encíclica "Spiritus Paraclitus" (1920). A partir de 1930, ya bajo el pontificado de Pío XI (1922-1939), el clima ha cambiado y los exégetas trabajan sin ser molestados.

Fue mérito de Pío XII el escribir en 1943 un párrafo famoso donde sale en defensa de los exégetas. La misma grandilocuencia con que se expresa da a sus frases una solemnidad particular y atrayente:

"Y por lo que hace a los conatos de estos estrenuos operarios de la viña del Señor, recuerden todos los demás hijos de la Iglesia que no sólo se han de juzgar con equidad y justicia, sino también con suma caridad; los cuales, a la verdad, deben estar alejados de aquel **espíritu poco prudente con el que se juzga que todo lo nuevo**, por lo mismo de serlo, **debe ser impugnado** o tenerse por sospechoso.

Porque tengan en primer término ante los ojos que en las normas y leyes dadas por la Iglesia se trata de la doctrina de fe y costumbres y que **entre las muchas cosas que en los libros sagrados... se proponen, son solamente pocas aquéllas cuyo sentido haya sido declarado por la autoridad de la Iglesia**, ni son muchas aquéllas de las que hay unánime consentimiento de los Padres. **Quedan, pues, muchas y ellas muy graves en cuyo examen y exposición se puede y debe libremente ejercitar la agudeza y el ingenio de los intérpretes católicos**, a fin de que cada uno conforme a sus fuerzas contribuya a la utilidad de todos, al adelanto cada día mayor de la doctrina sagrada y a la defensa y honor de la Iglesia. **Esta verdadera libertad de los hijos de Dios**, que retenga fielmente la doctrina de la Iglesia y, como don de Dios, reciba con gratitud y emplee todo cuanto aportare la ciencia profana levantada y sustentada, eso sí, por el empeño de todos, es **condición y fuente** de todo fruto sincero y **de todo sólido adelanto en la ciencia católica**" (Enc. *Div. affl. Spir.*, DB 649 s. Lo destacado es nuestro).

Las palabras del Papa no lograron, sin embargo, terminar ni con las discusiones ni con las zancadillas puestas con la mejor buena fe del mundo a los exégetas. Unos pocos profesores de teología dogmática y algunos sacerdotes que no habían entendido los nuevos métodos y veían amenazada la fe del pueblo cristiano por los resultados obtenidos con ellos aprovecharon los últimos años del pontificado de Pío XII, debilitado por los achaques de la edad, y los primeros de Juan XXIII, tolerante y amigo de dejar hablar a todos, para comenzar una nueva batalla. En 1959 la Congregación del Santo Oficio y la de seminarios publican una instrucción contra el primer volumen de la *Introduction à la Bible* de A. Robert y A. Feuillet. En

1960 estalla una viva polémica contra los profesores del Pontificio Instituto Bíblico de Roma, polémica capitaneada sobre todo por un grupo de teólogos y miembros de la curia íntimamente ligados a la Universidad Lateranense, también de Roma. En 1961 publica **L'Osservatore Romano** un artículo del Card. Ruffini (citado más arriba) atacando a los exégetas y a sus métodos. Los ataques no quedan en letra muerta. Mes y medio después de la publicación de ese artículo, octubre de 1961, son alejados de sus cátedras dos ilustres profesores del Bíblico, los jesuitas S. Lyonnet y M. Zerwick; el general de la Compañía de Jesús no consigue que le expliquen los motivos de tal medida.

En ese ambiente comienza el Concilio Vaticano II. El primer borrador de la futura DV insiste con fuerza en que toca exclusivamente a la Iglesia (¿qué significa la palabra Iglesia en este contexto?) el juicio definitivo sobre el "carácter general" de los libros inspirados —se elude el término géneros literarios— y sobre quiénes fueron los autores humanos de los libros del Antiguo Testamento. Es verdad que el exégeta debe atenerse a lo que enseña la Iglesia con un juicio definitivo. ¿Pero no juega él ningún papel para que la Iglesia —más exactamente la autoridad eclesiástica— formule ese juicio definitivo, dado hasta ahora sobre poquísimas cosas, como reconocía Pío XII? ¿El exégeta mismo no es Iglesia?

A partir del segundo borrador cambia el enfoque. Los miembros de la comisión responsable de hacer el documento rechazaron una redacción negativa de este tenor: el exégeta no puede estar en contra de un sentido establecido por la Iglesia, ni contra el consentimiento unánime de los Padres. En realidad esa idea estaba ya expresada al hablar de la analogía de la fe y vuelve a ser repetida al fin del nº 12 de la DV. Ahora se trata de alentar el trabajo de los exégetas. Son ellos los primeros llamados nada menos que a **comprender** y a **exponer** con mayor profundidad el sentido de la Escritura. El juicio de la Iglesia va madurando gracias a los estudios de teólogos y exégetas, estudios realizados con rigor científico y en un ambiente respetuoso de su legítima libertad. Los exégetas no son peligrosos rivales del magisterio eclesiástico, sino preciosos auxiliares de los que no puede prescindir.

Tras las escaramuzas a favor y en contra de quienes se sirven de las técnicas exegéticas modernas hay unas actitudes muy serias de fondo y de mentalidad. Esa mentalidad va también a incidir en las discusiones sobre Tradición, Escritura y Magisterio.

5.5. Tradición, Escritura, Magisterio

"Tradición" viene del verbo latino **tradere**, entregar. Tradición es la entrega de algo a alguien y puede indicar el acto de entregar (sentido activo) o la cosa entregada (sentido objetivo). El sujeto de la tradición es quien la entrega. Cuando se empareja el término **Tradición** con el de **Escritura** significa algo que se transmite no por escrito sino de otra manera: por el lenguaje, por la liturgia... El

concilio ha evitado concienzudamente toda expresión que hiciera pensar que la Tradición es una especie de depósito donde se almacenan algunas verdades no consignadas en la Escritura.

El tema de la Tradición es uno de los temas mayores de la DV y quizá de todo el Vaticano II. En la DV se le dedica todo el capítulo II (n.os 7-10) y reaparece en los números 12, 21 y 24. Los padres conciliares eran conscientes de la importancia de sus asertos. En las "Relaciones que acompañan la cuarta redacción", pág. 45, se lee:

"Creemos sin presunción que las imperfecciones [del texto] están superadas con creces por las cualidades. Será útil recordarlas: (...) firmeza y claridad en la afirmación de la doctrina católica; una explicación cuidada de la naturaleza, objeto e importancia de la Sagrada Tradición, esto último **por vez primera en un documento del Magisterio Supremo**; la libertad ofrecida a las ulteriores investigaciones de los teólogos en las cuestiones discutidas o no absolutamente necesarias" (Citado por J. PERARNAU, **Constitución dogmática sobre la Revelación divina**, Castellón de la Plana 1966, p. 59s. Lo destacado es de Perarnau o de la relación misma, no nuestro).

"Por vez primera". Se siente vibrar una nota de legítimo orgullo en esas palabras. Para llegar a esa "primera vez" el camino recorrido había sido largo y accidentado. Abordar el tema de la Tradición en el Vaticano II requeriría otro estudio. Baste recomendar aquí la lectura de lo que sobre él dice L. ALONSO SCHOEKEL en **Comentarios a la constitución Dei Verbum sobre la divina revelación** (BAC 284), Madrid 1969, págs. 266-310 y 365, y hacer algunos alcances, brevemente.

El concilio no ha dado respuesta a todos los problemas. Es de libre discusión si el contenido de la Tradición es igual o mayor que el de la Escritura. Prevalece entre los teólogos actuales la idea de que la Escritura contiene ya al menos implícitamente todas las verdades que la Tradición va poniendo de relieve. La función de esta última sería, pues, fundamentalmente criteriológica en cuanto indica cuáles son los libros inspirados y hace que la Iglesia los comprenda cada vez mejor. "La Iglesia no saca exclusivamente de la Escritura la certeza de todo lo revelado" (DV 9). "Para descubrir el verdadero sentido del texto sagrado hay que tener muy en cuenta la Tradición viva de la Iglesia" (DV 12).

El nº 12 subraya, repitiéndola, una idea que ya estaba dicha en el nº 10: la de servicio. "El Magisterio no está por encima de la palabra de Dios, sino que la sirve (ministrat), enseñando sólo lo transmitido [por escrito y oralmente; cfr. nº 7], ya que por mandato de Dios y con la asistencia del Espíritu Santo lo escucha con piedad, lo conserva santamente y lo expone fielmente" (DV 10). La Iglesia cumple "el mandato divino y el servicio (ministerio) de conservar y de interpretar la palabra de Dios" (DV 12).

Escritura, Tradición y Magisterio no son tres realidades en conflicto, sino íntimamente ligadas e interdependientes. La Escritura tiene una dignidad fuera de se-

rie, pero está inmersa en una Tradición viva, de la que es el eje y la manifestación más autorizada. Su interpretación no queda al arbitrio de los creyentes individualmente considerados, ni siquiera de los más sabios. Es el Magisterio quien presta el servicio —al mismo tiempo derecho y deber— de decir la última palabra. Pero antes de pronunciarla necesita interrogar a la Biblia, a la luz de la ciencia y de la vida de la Iglesia y escuchar humildemente al pueblo de Dios.

Un par de observaciones sobre la frase: "Todo lo tocante a la manera de interpretar la Escritura está en último término sometido al juicio de la Iglesia":

El Magisterio no ha emitido ningún juicio dogmático sobre quiénes han sido los autores humanos de los libros bíblicos, ni sobre la fecha en que fueron redactados ni sobre su unidad de composición.

Reléanse las frases de Pío XII escritas en 1943 (citadas aquí en 5.4): Entre las muchas cosas que en los libros sagrados se proponen, son pocas aquéllas cuyo sentido haya sido declarado por la autoridad de la Iglesia. Quedan, pues, muchas y graves cuestiones en cuyo examen y exposición los intérpretes católicos pueden y deben ejercitar libremente su competencia.

Cuando el Magisterio se pronuncia sobre un versículo en particular, lo hace habitualmente de forma negativa, saliendo al paso de una interpretación falsa que constituye una amenaza para la fe o para la moral. Las citas de la Biblia con que están esmaltados todos los documentos pontificios y conciliares no pretenden dar de esos pasajes una interpretación que sería la única y la más profunda.

Sobre todo el Magisterio ha prestado un servicio insustituible a la Iglesia. Es cierto que ante algunos avances logrados por los exégetas ha reaccionado de forma lenta, medrosa y hasta injusta. Ha hecho callar por algún tiempo a hombres beneméritos. Con frecuencia ha sido más un freno que un estímulo. No es menos cierto que ha impedido a la Iglesia Católica embarcarse en aventuras que, como el racionalismo o el modernismo, han naufragado hasta desde el punto de vista estrictamente científico. La docilidad al Magisterio auténtico es a veces dolorosa, pero nunca termina en una catástrofe; en cambio siempre acaba mal la rebeldía y el individualismo exacerbado.

6. ACTITUDES DE FONDO

Al hablar de la Biblia la constitución DV no ha podido agotar todos los temas. Ni la historia ni el progreso de la Teología terminan con el Vaticano II. En cualquier caso, parece haber triunfado en él, una vez más y para bien de todos, una mentalidad que importa descubrir netamente.

Tal vez ayuda mucho a darse cuenta de esa actitud de fondo el hacerse una pregunta que engloba dos temas aparentemente diversos: ¿Por qué una lucha tan larga y tan encarnizada a propósito del trabajo de los exégetas en la Iglesia y de las relaciones entre Escritura y Tradición?

Las reflexiones que siguen pueden estar equivocadas. Dibujan, sin duda, una caricatura más que un retrato, pero tal vez esbozan rasgos exactos de la realidad.

La lectura de la DV, de los comentarios hechos a ella y de las crónicas periodísticas sobre los acontecimientos del concilio deja una impresión bastante clara. En el aula conciliar se enfrentaron dos grupos con ideas distintas sobre la autoridad en la Iglesia y sobre la Iglesia misma.

Se diría que los menos tenían una concepción dualista de la Iglesia, en todos sus niveles: Magisterio y exégetas, Escritura y Tradición, criterios racionales y criterios teológicos. Entre los dos miembros de cada una de estas parejas habría una tensión bipolar que los hace incompatibles: los exégetas se enfrentan con el Magisterio, la Tradición es una fuente de revelación distinta cualitativa y cuantitativamente de la Escritura, la hermenéutica racional contradice los resultados de la hermenéutica teológica. La autoridad sería el radio que mantiene unidos a un centro, el Papa, todos los puntos de la circunferencia impulsados por una terrible fuerza centrífuga que tiende a dispararlos por la tangente. Parece que la Iglesia es concebida como un cuerpo alentado por un soplo de disgregación más que por el Espíritu Santo. Es decir, la Iglesia no, porque en realidad la Iglesia pareciera reducirse a la jerarquía o, mejor aún, al Papa y, en la práctica, a un restringido grupo de personas que le rodean pretendiendo tener la plenitud del poder de decisión sobre todos los fieles. El Espíritu Santo —no lo dicen, pero uno siente la tentación de sospechar que lo piensan— animaría de preferencia a los obispos y, sobre todo, al Papa; a los demás fieles llega sólo el influjo preciso para “vivir en gracia” pero no para participar de luces que puedan descubrir nuevas profundidades y cambios de acento en la doctrina oficial.

Frente a los exégetas, que siguiendo una severa disciplina en el análisis de la Biblia pueden hacer tambalear certezas demasiado alegremente tenidas por inamovibles, se levantaría el baluarte de una Tradición más rica de contenido que la Escritura, y de cuya interpretación sólo el Magisterio tiene el secreto.

Todo es aquí coherente. Se quiere seguridad a cualquier precio. Para conseguirla se reduce sutilmente toda la Iglesia al Magisterio y éste a un pequeño grupo de personas que monopolizan la asistencia del Espíritu Santo. Se recela de los demás fieles, de los exégetas, de los teólogos un poco inquietos, incluso de los obispos de la periferia. Hay como un miedo a la libertad, a la iniciativa, a la creatividad como si todo esto no viniera de Dios. Inconscientemente se ha operado un contagio de las viejísimas convicciones de todos los totalitarismos que en el mundo han sido: la masa es ignorante y no se puede confiar en ella; abrazará con más facilidad el error que la verdad, porque la verdad brilla menos y es menos atractiva que el error. Afortunadamente para la masa misma, allí está el grupo escogido que ostenta la autoridad absoluta: sólo ese grupo sabe bien y siempre lo que es bueno y oportuno. A la desconfianza frente a los demás se une el contento de sí mismo... y una buena dosis de pereza para dejar posiciones que se han vuelto confortables.

Una vez más en la historia de la Iglesia triunfó el optimismo y la serenidad ante el futuro. Los Padres del Vaticano II creyeron en la fuerza del Espíritu que trabaja corazones humanos, es decir, corazones donde el bien es más fuerte que el mal. El concilio reafirma la función insustituible del Magisterio, subrayando que es querido por Dios como garantía de unidad, pero no como órgano semiaparte del resto de la Iglesia y en conflicto con él. Escritura y Tradición, exégetas y sucesores de los apóstoles, pueblo y jerarquía son profundamente solidarios porque todos son miembros del mismo Cristo. Su dinámica interna brota de la misma fuente y empuja hacia el mismo fin. Para gozar de buena salud, Cristo necesita que todos ellos funcionen de acuerdo. La Iglesia se enferma a veces de pecado y puede ser herida desde dentro tanto por los abusos de autoridad como por los falsos profetas. Es ley de vida. Los conflictos son inevitables, pero la manera de superarlos no es suprimir uno de los polos de la tensión: tan catastrófico sería para la Iglesia renunciar al Magisterio como renunciar a la exégesis, renunciar a la jerarquía como renunciar al pueblo, renunciar a la Tradición como renunciar a la Escritura. El concilio pide la honradez intelectual, la humildad, la colaboración y la confianza mutua.